

**TRUMPISMO Y
RECONFIGURACIÓN GLOBAL**
**El tortuoso camino hacia
un nuevo orden mundial**

JOSÉ ANTONIO GURPEGUI PALACIOS



— BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN —

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Francisco Sáez de Adana Instituto Franklin-UAH

COMITÉ ASESOR

Fernando Galván Universidad de Alcalá
Sylvia Hilton Universidad Complutense de Madrid
Francisco Moreno Instituto Franklin-UAH

COMITÉ DE REDACCIÓN

Silvia Betti Università di Bologna
Francisco Castilla Universidad de Alcalá
Esperanza Cerdá Instituto Franklin-UAH
Thomas Chávez University of New Mexico
Carmen de la Guardia Universidad Autónoma de Madrid
Miguel Ángel de Zavala Instituto Franklin-UAH
Lorenzo Delgado CSIC
David Fernández Vítors Universidad de Alcalá
David García Cantalapiedra Universidad Complutense de Madrid
Maya García Vinuesa Universidad de Alcalá
Jesús García Laborda Instituto Franklin-UAH
Silvia Gumiel Universidad de Alcalá
Luisa Juárez Instituto Franklin-UAH
Montserrat López Mújica Universidad de Alcalá
José Javier Martínez Herráiz Universidad de Alcalá
Carmen Méndez Universidad Complutense de Madrid

COMITÉ EDITORIAL

Ana Lariño Instituto Franklin-UAH
Cristina Sánchez Pacios Instituto Franklin-UAH

Para J.I.G., J.A.G. y A.V.

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN *TEAR DOWN THIS WALL*

“Mr. Gorbachev, tear down this wall!” (“¡Señor Gorbachov, derribe este muro!”), exigía el presidente Ronald Reagan un 12 de junio de 1987, frente a la Puerta de Brandeburgo en Berlín, en referencia al muro que dividía la ciudad desde el verano de 1961. Su alocución tuvo tanta repercusión como aquella “Ich bin ein Berliner!” (“¡Yo soy berlinés!”), pronunciada 24 años antes (1963) por el presidente John F. Kennedy desde el balcón del ayuntamiento del distrito de Schöneberg, también en Berlín.

Ambas alocuciones forman parte del imaginario colectivo del mundo libre occidental. La de Kennedy puede enmarcarse dentro de la retórica política habitual en ese tipo de proclamas, máxime dentro de la singularidad que suponía encontrarse en una ciudad dividida. En el caso de Ronald Reagan, se trataba de una exigencia directa, un desafío lanzado al corazón del sistema soviético y, al mismo tiempo, una declaración de principios, confrontado el espíritu democrático del liberalismo occidental frente al modelo absolutista del comunismo soviético. Tan solo dos años después, el 9 de noviembre de 1989, el vergonzante muro era derribado, pasando a convertirse en una de las imágenes icónicas en la historia europea del siglo XX.

Se considera tal acontecimiento como el fin de la Guerra Fría, librada entre el bloque oriental, liderado por la URSS, y el bloque occidental, capitaneado por Estados Unidos, desde prácticamente el final de la II Guerra Mundial. Para muchos también escenificaba el fracaso del modelo socialista y la incuestionable victoria del liberalismo que, con Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido alcanzó su máxima expresión. Para entender en su justa medida el peso histórico de tal acontecimiento resulta conveniente retrotraernos varias décadas y analizar cómo se configuró el orden bipolar tras la Segunda Guerra Mundial. Fue en el contexto posbélico donde se sentaron las bases de un nuevo modelo social y económico que, además de finiquitar al anterior, moldeó la geopolítica internacional de forma distinta a como había venido siendo durante el siglo XIX.

La Primera Guerra Mundial marcó un antes y un después en la historia del mundo más allá de que intelectualmente la contienda supusiera la pérdida de la inocencia para la humanidad. Lo mismo que distintas revoluciones a finales del siglo XVIII sustituyeron el orden monárquico por uno de corte imperialista, la Gran Guerra puso fin a ese modelo de gobernanza mundial que medía el poder de las naciones en

función de la extensión de sus territorios y la capacidad de sus colonias para proveer recursos naturales. Sin embargo, en ese momento histórico la devastada y desangrada Europa no disponía de una indiscutible alternativa político-económica sustitutoria al sistema imperialista. Al teórico marxista Antonio Gramsci se le atribuye la frase “El viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer y en ese claro-oscuro es cuando aparecen los monstruos” (1930). Bertolt Brecht destacaba en “Loa a la dialéctica” (1932) las bondades del marxismo-leninismo, triunfante en Rusia tras la Revolución de 1917, como referente para el nuevo orden social y las potencialidades sociales que ofrecía el marxismo-leninismo: “Lo firme no es firme / todo no seguirá igual / Cuando hayan hablado los que dominan, / hablarán los dominados”. El comunismo se postulaba como alternativa social al liberalismo lockeano estadounidense, que en Europa adquiriría tintes socialdemócratas al combinar libertades políticas con derechos sociales. El autoritarismo comunista se contrarrestó con la tercera de las tendencias que conformarían el período, el fascismo italiano con la derivación supremacista del nazismo alemán abiertamente racista y expansionista.

La Segunda Guerra Mundial estalló debido a las tensiones entre los modelos liberales, comunistas y fascista. Su resolución significó establecer el nuevo orden social que estructuraría el mundo, habiendo sido finiquitado el modelo imperialista tras la Gran Guerra. Con el sonido de las armas de fondo, W. Churchill y F.D. Roosevelt suscribieron en 1941 la Carta del Atlántico sellando una alianza de posguerra, aunque los Estados Unidos todavía no habían sido atacados en Pearl Harbor. El documento antecedía lo que se acordaría en las conferencias de Yalta y Potsdam, en las postrimerías de la contienda cuando la derrota definitiva del fascismo/nazismo era cuestión de días, donde surgió un nuevo ordenamiento geopolítico bipolar en torno a los Estados Unidos y la URSS. Cada uno de los bloques estructuraría su modelo social de acuerdo a los principios ideológicos que representaban el capitalismo y comunismo respectivamente.

Finalizada la guerra, los aliados diseñaron un nuevo paradigma económico para el mundo en los Acuerdos de Bretton Woods de 1944, estableciendo los fundamentos estructurales de la economía capitalista. Se acordaron las nuevas normas en las relaciones comerciales y financieras entre los países occidentales y se crearon instituciones que aún hoy siguen marcando el rumbo económico internacional, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (originalmente Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo). Además, el dólar estadounidense se convirtió en la moneda de referencia en el sistema internacional de cambio de forma que, adoptando el patrón oro-divisas, se garantizara la estabilidad monetaria como primer paso para favorecer las relaciones comerciales internacionales. Se trataba de diseñar una arquitectura financiera pensada para evitar el caos tras la Primera

Guerra Mundial y que, además, consolidó la hegemonía estadounidense. Entre los 44 países participantes estaba China, que se retiraría 5 años más tarde; también la Unión Soviética y sus países satélite, que no llegaron a suscribir los acuerdos.

Consecuencia directa de Bretton Woods sería el Plan Marshall de 1947. El gobierno estadounidense dedicó ingentes cantidades de dinero para ayudar a la reconstrucción de la arruinada Europa —también se ofreció a los países de la órbita soviética que rechazaron participar—. Las ayudas se vendieron como un gesto de solidaridad estadounidense, pero sus intereses distaban mucho del altruismo. Tras la guerra, la penosa situación en la que quedaron muchas naciones, en particular Grecia, era el caldo de cultivo propicio para el avance del marxismo, y ayudar a la reconstrucción era una forma de castrar el afán expansionista comunista; además, se abrían nuevos mercados a los que Estados Unidos podría exportar su estocaje de productos industriales almacenados por falta de liquidez en las naciones importadoras. El plan fue, en definitiva, la herramienta decisiva para consolidar el liderazgo mundial de los Estados Unidos sobre el principio de que el modelo capitalista conducía a la prosperidad y el comunista a la ruina y la miseria.

La crisis económica a comienzo de los setenta fue especialmente severa con los Estados Unidos y el presidente Nixon decidió tomar una serie de medidas —el “Nixon Shock”— para revertir la situación. Devaluó el dólar y canceló la convertibilidad dólar-oro, lo que supuso la retirada estadounidense de los Acuerdos de Bretton Woods. Sin embargo, la estructura del modelo económico establecido en aquellos acuerdos ha llegado hasta el siglo XXI.

En el bloque soviético no se planteó originalmente tipo alguno de estructura económica más allá del universalismo proletario apuntado en los postulados marxistas-leninistas, pero sí respondió al movimiento estadounidense del Plan Marshall creando en enero de 1949 el Consejo de Asistencia Económica Mutua, popularmente conocido como COMECON. Agrupó a países tan distintos y distantes como Mongolia y Cuba o Vietnam y la República Democrática Alemana (RDA). Se trataba de establecer un modelo de cooperación económica, con la URSS como centro de gravedad, que sería la alternativa comunista al Plan Marshall —y posteriormente a la Comunidad Económica Europea—, favoreciendo las relaciones comerciales para contrarrestar los organismos económicos de corte capitalista. Su modelo productivo estructurado en torno al Comité Estatal de Planificación (*Gosplán*) distaba años luz del libre mercado propio del liberalismo occidental, pues se trataba de una economía planificada desde Moscú donde se establecían las iniciativas de comercio. Fundamentalmente era un modelo económico intervenido por el Estado, con cuotas de producción por sectores previamente establecidos en zonas determinadas, y control de precios fijados *a priori*. Su momento de mayor esplendor fue durante la década de los setenta, cuando

representaba el 10% del tráfico mundial de mercancías. Al disolverse en junio de 1991, el porcentaje había descendido al 7%.

La singularidad de un Berlín dividido e incrustado en la República Democrática Alemana propició el bloqueo de la ciudad impuesto por Stalin en 1948. Pretendía con esta medida anexionar toda la ciudad y presionar a las potencias aliadas —Estados Unidos, Francia y Reino Unido— ante la previsible unificación de sus zonas de ocupación en Alemania. Un año antes, en marzo de 1947, el presidente estadounidense Truman había lanzado al mundo su propuesta política de acuerdo al principio de que “cada nación debe elegir entre dos formas de vidas alternativas: régimen democrático o terror comunista”. La Doctrina Truman, como vino en denominarse, exponía de forma inequívoca las esferas de poder surgidas tras la guerra.

El bloqueo, infructuoso al establecerse un corredor de aprovisionamiento aéreo, se levantó un año más tarde, pero quedó patente que resultaba necesaria una organización de carácter bélico que diera respuesta a la amenaza expansionista comunista. En 1949 se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). La nueva alianza militar propició un acercamiento entre la URSS y China que se sustanció un año más tarde (1950), cuando Stalin y Mao firmaron el Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua. En cualquier caso, la OTAN nació con el objetivo prioritario de enfrentar y detener cualquier avance soviético sobre Europa Occidental. También el bloque comunista temía un eventual ataque de los países occidentales, máxime tras el rearme en la República Federal de Alemania (RFA) como consecuencia de la creación de la OTAN. La respuesta soviética, con Stalin ya muerto, se sustanció en el Pacto de Varsovia de 1955. El planeta quedaba así dividido en dos bloques irreconciliables con vocación de intervenir militarmente en cualquier otra nación del mundo para incrementar su área de influencia política.

Nos encontramos en plena Guerra Fría, sin enfrentamiento directo entre las dos superpotencias pero con innumerables escenarios secundarios, donde los contendientes respondían a los intereses de los dos bloques en conflicto. Las guerras *proxy*, como se denominan este tipo de enfrentamientos, incluyen las de Corea, en los años cincuenta, y posteriormente Vietnam; en ambos casos se ponía de manifiesto la realidad de un nuevo orden mundial bipolar en torno a Rusia y Estados Unidos. La lógica siempre era la misma: frenar al adversario e impedir que un bloque ganara demasiado terreno en detrimento del contrario. En América Latina, la Revolución Cubana de 1959 marcó un punto de inflexión al convertirse en la primera nación comunista del continente y en referente para los movimientos insurgentes de Hispanoamérica.

El ámbito de la confrontación entre ambos bloques iba mucho más allá del escenario bélico, pues también fue una confrontación cultural, ideológica y propagandística. Estados Unidos difundía su modelo a través de Hollywood, la

música, el consumo y la idea de la libertad individual. La Unión Soviética contrarrestaba con la exaltación del proletariado, el sacrificio colectivo y la igualdad social. Ese fue el marco que definiría la geopolítica mundial durante la segunda mitad del siglo XX. Se trataba de dos modelos económicos y políticos antagónicos: el capitalista, estructurado en torno a los Acuerdos de Bretton Woods (1944) en la esfera económica y la OTAN (1949) en defensa; y el comunista, con el COMECON (1949) y Pacto de Varsovia (1955) como alternativas económicas y de defensa respectivamente.

Durante la década de 1970 las propuestas marxistas alcanzaron su momento de máximo esplendor. El proceso de descolonización transformó el mapa global y, en el período entre 1950 y 1980, decenas de países en África y Asia lograron su independencia. Muchos de ellos, como Angola y Mozambique en África o Camboya y Laos en Asia, optaron por alinearse con el bloque comunista. La caída del sha de Persia en 1979 y la instauración de la República Islámica desafiante hacia Estados Unidos representaron un duro golpe a la influencia occidental en Oriente Medio. En el continente americano, el modelo cubano se convirtió en un símbolo para quienes buscaban una alternativa al dominio estadounidense, y gobiernos como el de Salvador Allende en Chile (1970-73) intentaron llevar adelante proyectos socialistas dentro de sistemas democráticos. En Europa, el Mayo del 68 francés mostró la fuerza de un movimiento juvenil e intelectual que cuestionaba el capitalismo y se acercaba a postulados socialistas. Los partidos comunistas de Francia e Italia contaban con millones de simpatizantes y surgió una alternativa al modelo capitalista, bautizada como “eurocomunismo”. La propuesta, que buscaba un camino propio desligado de la ortodoxia soviética pretendiendo ser una “tercera vía”, fue ideada y liderada en 1977 por Santiago Carrillo en España, Georges Marchais en Francia y Enrico Berlinguer en Italia. El eurocomunismo nunca alcanzó el poder, pero supuso un desafío ideológico al modelo liberal. Al comenzar la década de los ochenta, un tercio de la población mundial vivía bajo regímenes comunistas.

Este era el panorama cuando Ronald Reagan inició su presidencia en 1981. El republicano imprimió un nuevo tono a la política exterior estadounidense. Frente al pragmatismo diplomático de sus predecesores, apostó por una estrategia de confrontación directa con la URSS. Su “Doctrina Reagan” buscaba frenar al comunismo en todos los frentes: apoyó a los movimientos anticomunistas en América Latina, financió a los muyahidines en Afganistán contra la invasión soviética, aumentó el gasto militar a niveles nunca vistos... La Iniciativa de Defensa Estratégica, conocida popularmente como “Guerra de las Galaxias”, para neutralizar cualquier ataque nuclear soviético representó la expresión máxima de tal apuesta.

Reagan supo ver que las reformas iniciadas por Mijail Gorbachov —la *glasnost* de 1985 y la *perestroika* de 1987— no eran virtud sino necesidad. El desastre de

Chernóbil en 1986 puso de manifiesto que la pretenciosa hegemonía soviética era en realidad un decorado de cartón piedra, pues la aparente fortaleza escondía graves debilidades estructurales. Su economía se encontraba estancada al punto de resultarle insostenible, por ejemplo continuar en la carrera armamentística y además su aparato burocrático era un mastodonte inoperativo e ineficiente. La humillación que supuso la retirada de Afganistán, recién estrenado en 1989 tras 11 años de guerra, caló en la opinión pública soviética de forma similar a la pérdida de Cuba para la sociedad española a finales del siglo XIX. Aquel año finalizó con la imagen de los jóvenes berlineses intentando derribar el muro que dividía su ciudad. Gorbachov renunció a la Doctrina Brezhnev, que limitaba la soberanía de los países del bloque comunista como en la Primavera de Praga (1968), y aceptó lo que vino en denominarse Doctrina Sinatra, según la cual los países comunistas podían decidir “a su manera” sobre asuntos internos.

En el ámbito doméstico, Gorbachov intentó reestructurar la antigua URSS proponiendo una suerte de federación donde las distintas repúblicas se adscribirían voluntariamente. De las 15 repúblicas que conformaban la URSS, 9 aceptaron la propuesta y todo estaba dispuesto para la firma de un Nuevo Tratado de la Unión cuando, el 19 de agosto de 1991, la denominada “Banda de los ocho”, compuesta por miembros del gobierno y la KGB, creó el Comité Estatal para el Estado de Emergencia con objeto de derribar al presidente, de vacaciones en Crimea, para recuperar el poder y reconducir al país a la ortodoxia comunista. Gorbachov resistió, y el “Golpe de Agosto” apenas duró un par de días. La intentona golpista supuso el desprestigio y rechazo social del PCUS y tan solo sirvió para precipitar el definitivo colapso de la URSS.

De los tres modelos sociales surgidos tras la Gran Guerra, la Segunda Guerra Mundial enterró el fascismo/nazismo y la tumba del comunismo comenzaron a cavarla en 1989 los mencionados jóvenes berlineses que, pico en mano, se encaramaron en lo alto del muro para derribarlo —sin olvidar al joven chino que ese mismo año detuvo una columna de carros de combate en Tiananmén—. El acta de defunción la redactó Boris Yeltsin en agosto de 1991, cuando, recién elegido primer presidente de la República Soviética de Rusia, arengaba sobre un blindado a la población para enfrentarse a los golpistas que mantenían secuestrado a Gorbachov. El epitafio fue el Acuerdo de Belavezha, firmado por Yeltsin, Shushkevich y Kravchuk, presidentes de Rusia, Bielorrusia y Ucrania, el 8 de diciembre de 1991. Cuatro días más tarde, el Soviet Supremo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFS) derogó el Tratado de Creación de la URSS de 1922. Dos semanas después, en la navidad católica, se arriaba en el Kremlin la bandera roja de la Unión Soviética y se izaba la tricolor de Rusia.

George Bush Sr. ocupaba el Despacho Oval en ese momento, pero fueron los principios reaganistas los que propiciaron los históricos acontecimientos, convirtiendo la democracia liberal y la economía de mercado, el tercero de los modelos en liza, en único valor universal. La referida defunción y funeral del modelo comunista suponía, al mismo tiempo, la definitiva entronación del modelo liberal. El influyente economista soviético Nikolaj Šmelev había reconocido en *El Punto de Inflexión: La Revitalización de la Economía Soviética* (1989) que la URSS necesitaba “cambiar los principios básicos de sus mecanismos económicos [y] la estructura de propiedad en nuestra economía permitiendo mayor espacio a los sectores privados y semiprivados”.¹ El estadounidense Francis Fukuyama afirmaba en “¿El fin de la historia?” que los momentos históricos que se estaban viviendo marcaban “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental”, y también defendía que la democracia liberal era una suerte de “Tierra Prometida”.²

Fuera o no tal Edén, parecía sustanciarse la utopía del puritano John Winthrop, quien a comienzos del siglo XVII, frente a las costas de Massachusetts, proponía construir una “ciudad en la montaña” modelo para el resto del mundo. El liberalismo democrático surgido en Estados Unidos con su Constitución del siglo XVIII se había impuesto primero al imperialismo monárquico de la vieja Europa hegemónico en el siglo XIX, y después a las dos alternativas dictatoriales fascistas y comunistas surgidas en el siglo XX. La década de 1990 supuso la apoteosis del modelo liberal. La Carta de París³ firmada en noviembre de aquel año proclamaba que “la era de la confrontación y división de Europa ha concluido”, al tiempo que se anunciaba un “nuevo concepto de la seguridad europea”, basado en la cooperación, el respeto mutuo y la confianza.

En 1993 el presidente Bill Clinton lograba reunir en Washington a los históricos enemigos Isaac Rabin y Yasser Arafat para la firma de los Acuerdos de Oslo. El apretón de manos entre ambos mandatarios hacía presagiar un futuro de paz no muy lejano. Un año más tarde, 1994, se firmaba el Memorándum de Budapest, por el que Rusia aceptaba el nuevo mapa geopolítico mundial surgido tras la debacle soviética a cambio del desarme nuclear de Ucrania, que en ese momento contaba con 1900 ojivas. La paz global parecía ser cuestión de tiempo cuando los conflictos bélicos en los Balcanes —Croacia, Bosnia, Kosovo— se resolvieron con el nuevo milenio y Clinton propició una nueva reunión entre palestinos y judíos en el año 2000. El escenario fue Camp David, donde Jimmy Carter logró en 1978 que Israel y Egipto alcanzaran un acuerdo de paz. Si dos personajes tan enfrentados como el egipcio Anwar el-Sadat y el israelí Menajem Beguin lograron firmar la paz, el jovial presidente Clinton conseguiría el mismo resultado entre el líder palestino Yasser Arafat y el primer ministro israelí Ehud Barak.

También la bonanza económica en esa misma década reflejaba el optimismo social. El nombre de Ronald Reagan reaparece como impulsor de un nuevo modelo económico que facilitaba tanto la producción de bienes como su comercialización. Se acuñó el término *reaganomics* para identificar una serie de medidas económicas liberales como controlar la oferta monetaria para combatir la inflación, disminuir el gasto público para reducir impuestos y limitar la intervención estatal para reactivar el tejido industrial. Fue la filosofía económica de Reagan por lo que Canadá, Estados Unidos y México firmaron en 1992 el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), eliminando barreras y obstáculos para el comercio en Norteamérica.

NAFTA anticipaba un nuevo modelo de relación económica entre las naciones que vino a conocerse como “globalización”. Se comenzó a utilizar el término neoliberalismo como etiqueta para explicar la nueva interdependencia económica entre países, propiciada con la aparición de internet. La globalización de los años noventa aceleró el crecimiento de la economía mundial como nunca antes. Se abrió para los países menos desarrollados, en especial los países satélite de la antigua URSS, una ventana de oportunidades hasta entonces cerrada. También los “países ricos” experimentaron un notable crecimiento del PIB, pero la deslocalización empresarial provocó la pérdida de poder adquisitivo en ciertos segmentos sociales productivos como la automoción o la siderurgia. Es en el contexto de la globalización donde el gigante dormido que era China despierta y se convierte en protagonista de la geopolítica y economía mundial bajo el liderazgo de Xi Jinping, alumno aventajado de Deng Xiaoping.

Deng, que continuaba manejando los hilos de la política rusa desde la sombra, supo leer el significado de los acontecimientos de Tiananmén en China e inició una singular transformación social renunciando a la planificación económica propia del maoísmo, sin propiciar con ello una apertura democrática que, sin duda, hubiera resultado trágica para China —como lo fue para Yugoslavia y en cierta forma Rusia— debido al componente social multicultural. Como Reagan, Deng revolucionó el modelo económico tomando una serie de medidas exitosas, como fomentar las inversiones extranjeras, privatizar parcialmente ciertos sectores y abrir China al comercio internacional.

Xi percibe que el hegemonismo occidental se está desmoronando y propone la alternativa China como nuevo gendarme mundial, al menos para el Sur Global y los países emergentes, encabezando la Organización de Cooperación de Shanghái. Fue Barack Obama quien primero desdeñó el histórico liderazgo estadounidense ausentándose en crisis como la Primavera Árabe de 2010. Xi está aprovechando la oportunidad histórica que propicia “el factor Trump”, un presidente a quien, pese a vislumbrar el futuro, le ciega su egolatría y le preocupa únicamente el programa

MAGA hasta el punto de mostrarse dispuesto a dismantelar la democracia más antigua del mundo para llevarlo a cabo —como puso de manifiesto el asalto al Capitolio—, y actúa con inusual zafiedad en las relaciones internacionales en un continuo enfrentamiento con sus socios históricos. En este panorama adquieren plena significación las palabras del líder chino en la reciente Cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghái en septiembre de 2025, cuando mencionaba la necesidad de un “sistema de gobernanza mundial más justo y equitativo”.⁴ También aseguró que el nuevo orden global será multipolar, más complejo y fragmentado, cuestionando la pretendida unipolaridad occidental tras el fin de la bipolaridad a raíz del desmembramiento de la URSS. Europa, atrapada en su propia trampa de regulaciones burocráticas y legislación caduca, acepta sumisa el humillante papel de actor de reparto en los grandes debates económicos y geopolíticos que estamos enfrentando en estos momentos.

Este es el panorama mundial cuando Rusia invade Ucrania en febrero de 2022, como continuación de la anexión de Crimea en el 2014. El número de guerras en el mundo desde la derrota del fascismo/nazismo en 1945 alcanza tal cifra que ningún organismo se atreve a cuantificar. Según el Programa de Datos sobre Conflictos de la Universidad de Uppsala, en junio de 2024 se contabilizaban 56 enfrentamientos armados. Las consecuencias derivadas de cualquiera de ellos, ya fueran los “seis días” en Oriente Próximo, la guerra sino-india de los sesenta, las acontecidas en la zona del golfo, o el conflicto de los Balcanes en el mismo corazón de Europa, no tuvieron las repercusiones que tendrá la guerra de Ucrania. Indistintamente del resultado final, a raíz de ese conflicto se está conformando el nuevo orden geopolítico mundial.

Con el paso de los años la predicción de Fukuyama sobre el fin de la historia resulta excesivamente optimista en lo relativo al futuro del modelo liberal. Ciertamente su lectura sobre el final de la bipolarización característica del siglo XX resulta acertada, pero no predijo que las luchas ideológicas adoptarían nuevas convenciones distintas a la disyuntiva comunista-capitalista, ni que el mundo sería liderado por personajes como Putin o Trump. El posmoderno Jacques Derrida planteaba en *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional* (1993) una propuesta alternativa al afirmar, con razón, que las fuerzas históricas son mutantes y adoptan nuevas formas de acuerdo a nuevos conflictos de corte social sobre principios identitarios. Más cuestionable resulta su referencia a las injusticias y desigualdades sociales como generadora de conflictos bélicos, al referenciarlo según planteamientos próximos al materialismo marxista de la lucha de clases.

Definitivamente el fin de la historia no está escrito, probablemente todo lo contrario. La tesis planteada en este libro defiende que la guerra de Ucrania, con un presidente miope como Donald Trump gobernando Estados Unidos, un sátrapa como

Putin mandando en Rusia, y un astuto zorro como Xi Jinping, dará paso a una nueva historia que tal vez comenzó a escribirse cuando unos fanáticos musulmanes atentaron contra el Pentágono y las Torres Gemelas en el 2001. Un acontecimiento que, más allá de la tragedia humana, bien pudiera significar para las sociedades liberales lo mismo que el derribo del Muro de Berlín en 1989 para el comunismo soviético.